

ARQUITECTURA ABORIGEN EN LA PROVINCIA DE SALTA

por

FERNANDO MARQUEZ MIRANDA

DENTRO del territorio de la actual República Argentina, pocas son las regiones absolutamente desconocidas arqueológicamente hasta el presente. Ciertamente es que la intensificación de estos estudios, practicada en nuestro país en lo que va del siglo, y acrecida singularmente en los últimos años, ha sido practicada sin un plan orgánico integral y ha quedado, por ende, librada a la simple elección personal de los investigadores. Esto ha determinado, como lógica consecuencia, que así como se marcaba más fuertemente el esfuerzo investigativo para algunas zonas, en las cuales se producían exploraciones reiteradas, otras — las menos — permanecieran como al margen de toda búsqueda arqueológica, verdaderas *no man's land*, en lo que a estas tareas se refiere.

Pocas tan verdaderamente olvidadas, hasta muy recientemente, como las que han motivado mis reiterados viajes. En efecto, los departamentos de Iruya y Santa Victoria, en la provincia de Salta, no sólo no han sido conocidos desde el punto de vista arqueológico hasta mis primeras comunicaciones preliminares sobre ellos, sino que aun se les desconoce desde el punto de vista meramente geográfico y de ambiente. Carecemos tanto de descripciones atinentes a su geografía física, cuanto a las condiciones en que se desenvuelve la vida de sus reducidas poblaciones de primitivos actuales, vale decir, a su geografía humana. A obviar esta primera laguna del conocimiento de tan vasta cuanto remota región, ha de aplicarse el relato de mis cuatro viajes de exploración en ella, que he entregado al Instituto del Museo de La Plata, para su publicación en aquella "Revista", y que, acompañados de numerosas fotografías que he podido tomar, ilustrarán las condiciones del medio ambiente, las dificultades de acceso, la

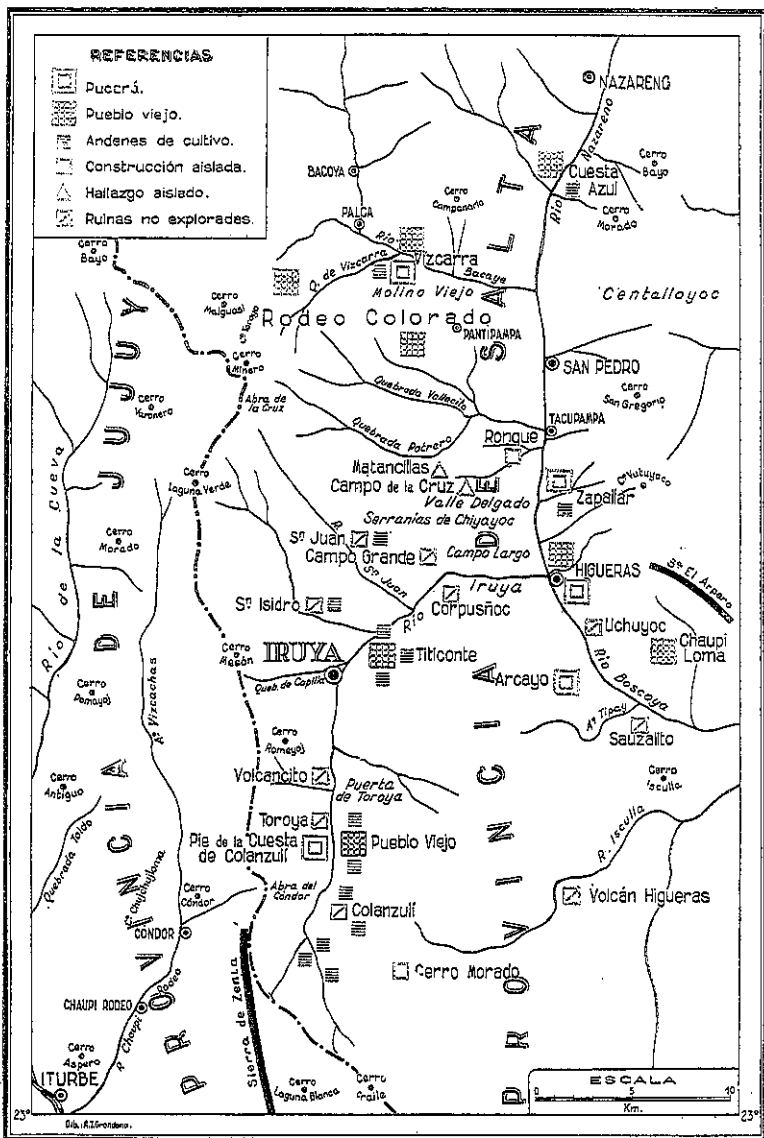
vivienda natural y numerosos otros temas conexos¹, en tanto que en la presente comunicación he de referirme, concretamente, a uno de los más importantes problemas arqueológicos: el relativo a la arquitectura. Por razones de método y de espacio disponible, no he de ocuparme en el estudio pormenorizado de las condiciones arquitectónicas de cada yacimiento — tarea que reservo para la monografía completa sobre esta zona, que actualmente tengo en preparación —, sino que daré una visión general sobre las manifestaciones de aquel carácter que tienen, desde luego, un interés particular.

Los viajes a que he de referirme, se han producido todos en las épocas de vacaciones escolares — enero a marzo — de los años 1933, 1934, 1937 y 1938. No debo callar que antes de esa fecha, en 1930, el doctor Salvador Debenedetti, entonces Director del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires — cuya prematura muerte tanto hemos lamentado los arqueólogos argentinos —, asistido por su discípulo, el doctor Eduardo Casanova, había realizado una excursión de estudios al yacimiento de Titiconte, situado a corta distancia del pueblo de Iruya, centro jurisdiccional del departamento del mismo nombre. Pero, debido justamente a las circunstancias de aquella lamentada muerte, el trabajo que el doctor Debenedetti había redactado para comunicar sus resultados al XXIV Congreso Internacional de Americanistas, reunido en Hamburgo, en 1930, se ha perdido, y sólo ha sido posible encontrar unas páginas fragmentarias, suerte de prólogo que el dilecto discípulo ha completado bastante más tarde, cuando yo había realizado mis dos primeros viajes². De suerte que, aunque concuerdo con aquéllos en cuanto al gran valor que el doctor Debenedetti atribuía a la arqueología de esa región como índice develador de numerosos problemas de contacto³, he llegado a estas consecuencias por mis propios medios, derivados de la investigación directa. Además, mis observaciones no sólo completan o aún rectifican en

(¹) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Cuatro viajes de estudio al más remoto noroeste argentino*, en *Revista del Museo de La Plata*, nueva serie, sección Antropología, 1938 (en prensa).

(²) SALVADOR DEBENEDETTI y EDUARDO CASANOVA, *Titiconte*, en *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras*, serie A, III, 7-35; Buenos Aires, 1933-1935.

(³) DEBENEDETTI - CASANOVA, *Titiconte*, 35.



algunos casos — como ha de verse — las de dichos autores, sino que las amplían enormemente, agregando a los datos de aquel yacimiento — único que ellos conocieron al oriente de la Cordillera de Zenta — los que se refieren a toda una enorme región de este accidentado territorio montañoso.

Ya en 1908, Eric Boman, autor de esa obra magistral, a la que debemos volver constantemente los arqueólogos que trabajamos con materiales del noroeste argentino, pintaba, en una página veraz, la situación en que se estaba, en el campo científico, con respecto a esta zona tan alejada de todo contacto con el resto del mundo, haciendo incapié en el “entrecruzamiento de montañas, de quebradas y de cuellos”, dotados de nombres diferentes y constituyendo diversas cadenas orográficas, “si en un laberinto semejante se puede distinguir una cadena de otra”. Afirmando, además, que el pico más alto *parece* ser el de Calilegua, “cuya altura, sin embargo, es desconocida...”, proclamaba, justamente, para esta región, aquel privilegiado título de *terra incognita* que antes le discerniéramos, agregando, a título de reflexión personal que su extraordinaria preparación avaloraba: “A juzgar por algunos objetos, principalmente piezas en piedra esculpida que he visto en Jujuy, estoy seguro de que una excursión arqueológica en estas montañas daría resultados inesperados”¹.

Y bien, mis cuatro expediciones, de 1933 a 1938, refuerzan aquella afirmación, un tanto intuitiva y apriorística, con la objetividad de los cientos de piezas extraídas de yacimientos absolutamente inéditos, y con el ingente material fotográfico y de estudios del terreno que he verificado durante su curso.

Los resultados generales, que paso a exponer directamente, demostrarán hasta qué punto era de verdadera la esperanza de Boman.

LA VIVIENDA ABORIGEN

Si consideramos a la región de Iruya y Santa Victoria como una zona general, desde el punto de vista de su arquitectura primitiva, advertimos de inmediato que hay en ella una primera diferencia, fundamental,

(¹) ERIC BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*. II, 791-792; Paris, 1908.

con respecto a las características similares del resto de las zonas vecinas y límites del noroeste argentino. En efecto, en aquéllas — tanto en lo que se refiere a la omaguaca cuanto a la diaguita — la vivienda típica en el momento de la llegada de los españoles es de forma cuadrada, en tanto que en la que ahora estudiamos es, casi sin excepción, elíptica o redonda.

Cierto es que en “la antigua *provincia* de los diaguitas”, para emplear ese comprensivo término que usaban los viejos cronistas, se pueden señalar tres tipos de materiales, netamente diferenciables, empleados en la habitación. Las viviendas primitivas eran de piedra en la región santamariana (valles de Santa María y Quimivil y algunas zonas vecinas), de quincha en Los Barreales (departamento de Belén y alrededores, Catamarca), y de barro en Angualasto y otras regiones de San Juan. Tal es la división que, de acuerdo con las zonas culturales propuestas para la Argentina por Palavecino¹, he desenvuelto en un reciente estudio de conjunto acerca de la cultura diaguita². En estos días, justamente, Antonio Serrano ha retomado el tema para tratar de establecer que estas tres subáreas de la región diaguita — cuya caracterización diferencial surge tan nítida de sus elementos arquitectónicos y de muchos otros elementos de su cultura material — corresponden, etnográficamente, a tres grandes parcialidades de los diaguitas: los calchaquíes, diaguitas propiamente dichos y sanagastas³.

Pero — dejando de lado, por el momento, no sólo este problema de la equivalencia arqueológico-etnográfica que Serrano propugna, sino también la invalidación de parte de la región montañosa de San Juan como zona diaguita, tal como ahora lo quiere Canals Frau, en comunicación leída en nuestra Sociedad Argentina de Antropología⁴ — no es menos cierto que

(¹) ENRIQUE PALAVECINO, *Áreas culturales del territorio argentino*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas* (La Plata, 1932), I, 231-232; Buenos Aires, 1934.

(²) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *La antigua provincia de los diaguitas*, en *Historia de la Nación Argentina*, I, 277-350; Buenos Aires, 1936.

(³) ANTONIO SERRANO, *La etnografía antigua de Santiago del Estero y la llamada civilización chaca-santiagueña*, 139-143; Paraná, 1938. (Las alusiones a este trabajo del profesor Serrano y al subsiguiente del señor Canals Frau han sido agregadas en pruebas, por no haber sido conocidos públicamente en la fecha en que esta comunicación fué presentada a la Sociedad Argentina de Antropología. Otro tanto ocurre con la cita de la edición de los viajes del autor, que figura al comienzo del presente estudio).

(⁴) SALVADOR CANALS FRAU, *Sobre el límite meridional de la región diaguita* (en prensa).

si los materiales utilizados en la vivienda primitiva varían, todas ellas responden, en su forma, a una norma única: la de la casa cuadrada o rectangular, típica de la cultura andina.

Recordemos — con todas las reservas que se quieran — uno de los principios de la “escuela culturoológica”. Una diferencia substancial en la forma de la vivienda puede implicar una variante notable en la filiación de un agregado social determinado. Todos los arqueólogos están de acuerdo en que, en Sud América, la forma cuadrada de vivienda corresponde a la gran cultura andina, en tanto que numerosos estudios comprueban que la forma redonda o elíptica presenta una amplia representación entre algunas de las tribus chaquenses.

Por ello, considero como una prueba sumamente importante de aculturación, el hecho de que los primitivos habitantes de Iruya y Santa Victoria utilizaran, preferencialmente, la vivienda elíptica o redonda. Hay una especie de solución transaccional, o de compromiso, en la adopción de las formas para la casa habitación, en tanto que se mantiene, como material de construcción, la piedra, que es, con las excepciones anotadas, el elemento más típico usado para estos menesteres en toda la amplia zona andina. Esta conservación de la piedra — en cambio de la madera — está perfectamente de acuerdo con las condiciones naturales del terreno en Iruya y Santa Victoria, región en la que los yacimientos se encuentran, habitualmente, entre los 2.800 y los 3.600 metros de altura sobre el nivel del mar y en donde, por lo general, no existen árboles, en tanto que la piedra aparece por doquier. Basta recorrer esas desoladas regiones, en las que las montañas muestran la entraña lítica, desnuda y multicolor, para advertir que las habitaciones no pudieron hacerse de otro material que de aquel que estaba tan a la mano. Esta abundancia permitió al artesano autóctono una habilidad extraordinaria y una selección amplísima en el uso de aquellos elementos, y ambas condiciones juntas han dado lugar a manifestaciones de alto valor arquitectónico.

No en todos los yacimientos, naturalmente, los restos arquitectónicos correspondientes a la vivienda primitiva se encuentran en las mismas condiciones de conservación. En algunos lugares, los restos de tal carácter se manifiestan por vestigios únicamente observables por una visión muy ejercitada en el estudio del terreno, pues las bases de las paredes primi-

tivas sólo emergen cosa de diez o doce centímetros del suelo, y se confunden fácilmente, para un ojo no experimentado, con la gran cantidad de piedras sueltas adyacentes. Estas provienen, justamente, de la demolición de las antiguas paredes de las casas.

En cambio, en otros, aquéllas se encuentran mucho más conservadas. En Rodeo Colorado, por ejemplo, los muros de las mismas se elevan a veces hasta una altura cercana a metro y medio, y son muy numerosos los que pasan de un metro (figura 2, *a*). Generalmente, algo después de la altura últimamente indicada, los muros de este yacimiento, comienzan a encorvarse ligeramente hacia adentro, demostrando una tendencia a la construcción de falsas bóvedas por el procedimiento conocido de las hiladas sucesivas.

En todos los casos, y en cuanto el muro se alza lo suficiente como para que tal observación sea posible, se advierte que se han empleado piedras de dimensiones sumamente dispares. Si bien sin el carácter tan sumamente notable de la vivienda de Arcayo, de que luego se hablará, es frecuente el caso de muros en los que puede observarse, formando parte de él, una gruesa piedra, sólidamente hincada en tierra y flanqueada por un conjunto de materiales líticos mucho más pequeños, que han requerido ser reunidos en varias camadas para alcanzar la altura, de la que emerge del suelo el gran pedruzco. Son numerosos los casos, perfectamente señalables, del empleo de tal técnica, en la que una cuidadosa selección de las piedras pequeñas ha permitido el ensamblamiento en el lienzo de pared de materiales mayores que, naturalmente, agregan solidez al aparejo. Tal ocurre, por ejemplo, en Huaira-Huasi (lámina IX, *a* y *b*). En Arcayo (lámina VII, *b*) se ha aprovechado una gran roca, que amenazaba obstruir el desenvolvimiento de la línea del muro, para formarlo de manera singularmente hábil.

Esta unión de materiales mayores con otros pequeños es tanto más necesaria cuanto que, en todos los casos, las habitaciones presentan muros cuyas piedras no están unidas por mortero o cemento alguno. Sólo su ensamblamiento perfecto y el propio peso de ellas han permitido su perduración a través del tiempo. Sin embargo, esta labor ha sido tan eficazmente realizada que la destrucción natural, por razón del tiempo, casi no cuenta, y las paredes resisten su transcurso siempre que agentes natu-

rales muy fuertes — derrumbamientos de las cumbres próximas, como en Titiconte, torrentes que laven y socaven el terreno, etc. — no produzcan sus perjudiciales efectos. Mucho más perniciosa es, desgraciadamente, la acción del hombre mismo, ya en forma directa — utilización de las piedras de las construcciones antiguas para corrales modernos, según pasa en Rodeo Colorado o Cuesta Azul; para viviendas del primitivo actual, como en el primero de estos puntos; despejamiento del terreno con vistas a la agricultura, de acuerdo a lo que acontece en Matancillas o Campo de la Cruz; emplazamiento de cementerios actuales en viejos lugares de habitación aborígen, como en Higueras y Cuesta Azul —, ya en forma indirecta, como lo es el tránsito de ganado, tal cual ocurre en Chaupi Loma.

Las puertas son, generalmente, lo suficientemente anchas como para dar paso a una persona y sin una orientación precisa hacia ninguno de los puntos cardinales. En Rodeo Colorado, por ejemplo, las primeras casas exploradas marcaban una preferente apertura de las puertas hacia el este, pero una continuación de las tareas, que admitió la investigación de las condiciones de entrada existentes en un número mayor de habitaciones, permitió observar que aquello había sido sólo una coincidencia inicial, aunque parece que en ese yacimiento hubiese alguna preferencia por la apertura de las entradas hacia la parte oriental. Como estos viajes han sido practicados en el verano, vale decir, en la época en que la corta vegetación espinosa de estas regiones — *talas, churquis, cardones*¹ — se manifiesta en toda su fuerza, la investigación de cada uno de aquellos recintos debió de practicarse previa una labor de limpieza del suelo, que a veces insumía mucho tiempo, dado que había que deshierbar, previamente, el terreno de todas esas plantas, difíciles de manejar en razón de sus defensas naturales y de poseer raíces poderosas que se enraigan fuertemente entre las piedras. De ahí que estos datos, respecto del resto de las viviendas, no excavadas, sólo puedan ser dados de una manera aproximativa, pues

(1) Naturalmente, las condiciones fito-geográficas del territorio dependen estrechamente de la elevación del terreno. En Valle Delgado abunda vegetación alta. En la población de Iruya he realizado un herbario de cincuenta ejemplares de arbustos regionales, cuya determinación ha tenido la amabilidad de hacer el doctor Ángel L. Cabrera, del departamento de Botánica del Museo de La Plata.

no siempre es fácil localizar el lugar preciso de una puerta en una pared semiderruida y recubierta de vegetación.

En algunos yacimientos — Cuesta Azul, por ejemplo — esta localización puede verificarse más fácilmente por haberse utilizado piedras más grandes que las que, de ordinario, forman la pared, para establecer sólidamente la entrada. Como ellas debían de mantener, además, la pared, evitando cualquier deslizamiento lateral, se les clavaba fuertemente en tierra. En los casos de arquitectura más evolucionada — Titiconte, lámina I, *a* y *b*; Arcayo, lámina VI, *a* y *b* — estos lados de la puerta eran monolíticos a veces, y los dinteles y umbrales también, utilizándose, al efecto, grandes y gruesos trozos de piedra. De esta suerte, la puerta quedaba sólida y perfectamente encaadrada.

Los vanos resultantes afectaban, casi siempre, una forma rectangular, como en las construcciones aimarás, y no trapezoidal, a la usanza quichua. Pero aun en los casos de puertas cuyas jambas no son monolíticas, es frecuente el hallazgo de piedras canteadas, que eran colocadas unas sobre otras con suma precisión, hasta alcanzar la altura requerida, en forma tal que la línea exterior o de jamba era perfectamente recta, sin la más leve variante a su rigurosa verticalidad, y la puerta gozaba de una aplomadura perfecta. Tal ocurre en Titiconte (lámina III, *b*), en Huara-Huasi (lámina X, *a*) y en Zapallar (lámina V, *a* y *b*).

Las dimensiones de algunas de estas casas elípticas son considerables. En Molino Viejo he excavado varias que medían más de 6,50 metros de diámetro máximo. Otro tanto ocurría con las de Rodeo Colorado, aunque, a veces, al lado de una de esas mayores aparecía otra más pequeña. En el “pueblo viejo” de Cuesta Azul, he llegado a investigar una de 7,35 metros de diámetro máximo. En cambio, en Ronque, la única que hallé sólo medía 3,45. Esto demuestra que si bien las dimensiones oscilan dentro de la región — y aun, en algunas oportunidades, dentro de un mismo yacimiento —, sus límites extremos deben estar entre las de Ronque y Cuesta Azul, y las medidas más frecuentes fluctúan entre los 4,50 y los 6,20 metros.

Dentro de esta serie de “antigales”, sólo hay uno que hace excepción a esta regla de la vivienda elíptica, y no porque en él falten las de este tipo, sino porque se presentan *simultáneamente* con las de forma cuadrada. Este yacimiento — notable también, según veremos luego, por otras mani-

festaciones curiosas de su arquitectura — presenta el caso curioso de concentrar en su recinto ambos tipos de vivienda.

Me refiero a la localidad de Titiconte. Ya el doctor Debenedetti, en el trabajo recordado, ha señalado que las habitaciones se presentan con las siguientes formas predominantes: rectangular y elíptica¹. Insistiendo sobre este particular, advertimos que Titiconte es, desde este punto de vista, el límite a partir del cual comienzan a aparecer, en *todos* los demás yacimientos de Iruya y Santa Victoria, las viviendas invariablemente elípticas, tal como ha quedado demostrado por el resultado de mis ulteriores viajes. Sólo en Huayra-Huasi he hallado una casa netamente rectangular, y otra semejante en Rodeo Colorado, esta última en un yacimiento que comprende más de un centenar de casas elípticas. Aun así, este caso de Rodeo Colorado no era definitivamente probatorio, pues los cimientos de esa construcción mostraban una marcada tendencia a encurvase en los ángulos.

Naturalmente, esta existencia de habitaciones elípticas — vale decir, de la misma o semejante forma a la de los graneros — podría prestarse a confundir aquéllas con éstos. Sin embargo, esta confusión no es posible, por diferentes causas. En primer término, las casas denuncian sus caracteres por haberse hallado, en las excavaciones practicadas en su subsuelo, instrumental doméstico de diverso tipo, y aun hasta una sepultura en hoyo simple de tierra, que *siempre* se hallan en el subsuelo de las habitaciones. Además, la existencia de nichos, perfectamente realizados en la parte interna de estos muros (lámina II, *b*), equivale a manifestar un propósito de habitación y no de mero depósito agrícola. Si alguna duda pudiera quedar, sería el caso de comparar algunas de estas casas con nichos, con la hermosa vivienda que también los ostenta, y que hallé en Arcayo, en mi viaje de 1937 (lámina VII, *a* y *b*). De esta comparación surge, con claridad meridiana, un parentesco evidente en el propósito arquitectural y en la finalidad que le dió motivo y, por lógica consecuencia, la conclusión de que las construcciones del yacimiento de Titiconte, de paredes elípticas y de amplios nichos abiertos en las paredes, son casas y no graneros.

(1) DEBENEDETTI - CASANOVA. *Titiconte*, 18.

Como último argumento en favor de mi tesis de la determinación de tales construcciones en Titiconte como lugar de habitación, invocaré las dimensiones mismas de aquéllas. En algunos casos arrojan un diámetro máximo superior a cinco metros. Este dato es, de por sí, suficientemente elocuente, si se le compara con lo antes dicho acerca de las medidas que presentan las viviendas de otros yacimientos regionales, antes recordadas. Los silos de la zona omaguaca, así como éstos de Iruya y Santa Victoria, no exceden, en ningún caso de los tres metros, aun en sus más amplios tamaños. Las casas redondas o elípticas, en cambio, aun las más pequeñas — salvo el caso de la excepción de la única vivienda de Ronque antes mencionada —, pasan siempre de los cuatro metros y, a veces, de los siete de diámetro máximo. Por estas razones, pues, puedo afirmar que en Titiconte se presenta el caso especial de un yacimiento en el cual viviendas elípticas y cuadradas se presentan conjunta y contemporáneamente.

Es curioso hacer notar que, en algunos casos, las viviendas de Titiconte son semisubterráneas, vale decir que su piso se encuentra a un nivel inferior al del suelo sobre el que se ha edificado los muros. Además, como ya hizo notar Debenedetti, una de sus características más interesantes la constituyen “los estrechos corredores subterráneos que unen entre sí los distintos recintos, corredores que llegan a medir hasta 12 metros de largo”¹ y que no se encuentran en otros yacimientos.

Por otra causa es también sumamente grande la importancia arquitectónica de Titiconte. En todo el noroeste argentino, las viviendas se manifiestan en forma de casas compuestas por una sola habitación. Esta regla es tan invariable — aun en Iruya y Santa Victoria — que aun en el caso de construcciones tan vecinas entre sí que sus muros se toquen, el constructor indígena no llega, en ningún caso, a establecer paredes medianeras sino que, simplemente, las adosa. Más aún, cada una de estas habitaciones, pegadas entre sí, carece de puerta de comunicación, y se maneja como una unidad absolutamente autónoma — al menos desde el punto de vista arquitectónico — con respecto a su vecina inmediata. Esto es lo que normalmente ocurre, tanto en la región diaguita cuanto en la

(¹) DEBENEDETTI - CASANOVA. *Titiconte*, 18.

omaguaca. Alguna excepción que pudiera observarse en la primera se referirá, ciertamente, a elementos de arquitectura importados y provenientes de una cultura superior. Tal vez pueda ocurrir en alguna de las famosas "tamberías" incásicas desparramadas en el noroeste argentino, aun cuando no los han encontrado — con esas características — ni Francisco de Aparicio, que trabajó en Ranchillos (Mendoza), ni Héctor Greslebin, en Chilecito (La Rioja).

En cambio, en Titiconte (lámina II, *a* y *b*) — y también en Arcayo (lámina VI, *b*), que, aunque menor en tamaño como yacimiento, se le asemeja tanto en su arquitectura —, las habitaciones suelen comunicarse, en grupos de dos o tres, por medio de puertas interiores. En Arcayo el único ejemplar de casa comunicada interiormente, magníficamente conservada en muchos aspectos, no reúne más que dos habitaciones, de las cuales una sola presenta acceso desde el exterior, quedando la otra como meramente interior y dependiendo, por lo tanto, de aquella puerta de acceso. Existe, empero, una diferencia que deriva no ya de la técnica de construcción, sino de las condiciones del terreno. La casa de Arcayo está asentada sobre un terreno más bien plano, al borde mismo de una ríspida ladera que baja hasta la quebrada, por donde corre el río Iruya, en tanto que las de Titiconte se suelen escalonar en la ladera de aquel yacimiento. En consecuencia, en el primer caso las dos habitaciones aparecen al mismo nivel, en forma tal que la puerta de comunicación — más bien cuadrada — a pesar de ser baja, cumple con toda propiedad su cometido. En el segundo, en cambio, los cambios de nivel anotados son, a veces, tan fuertes que lo que aparece, para una de las piezas, como puerta de comunicación, resulta ventana de su vecina, por quedar su umbral a bastante distancia del suelo.

Otra cosa sumamente interesante, en ambos yacimientos, es el uso de la falsa bóveda, formada por hiladas sucesivas de piedras chatas o de lajas, que se utiliza en estas casas (láminas IV, *a* y VIII, *a*). Generalmente en Iruya y Santa Victoria se repite el caso, sólito en el noroeste de nuestro país, de que las viviendas de los primitivos habitantes aparecen destechadas en el momento que el arqueólogo toma contacto con ellas. Los arqueólogos de la época clásica entendían — y para algunas zonas no les faltaba razón — que esta carencia de techos era debida a que como éstos eran hechos con

materias vegetales —pajas u hojas arrojadas sobre un armazón de ramas— de suyo perecibles, desaparecían rápidamente en el correr de los años, persistiendo, en cambio, el resto, construído de sólida piedra. Otros, más tentados por dar rienda suelta a la imaginación que por fiarse en observaciones directas y personales, arguyeron que aquellas primitivas construcciones siempre habían carecido de techo, y que la sequedad habitual de estas regiones montañosas hacía que aquellos fueran innecesarios. Naturalmente, quienes así razonaban no habían estado jamás en Iruya y Santa Victoria, en donde las precipitaciones atmosféricas en la época de las lluvias — que es, justamente, la del verano, en que las visito — son fuertes y reiteradas, llegando en ocasiones hasta a producirse dos o más veces en un mismo día.

Ya en Rodeo Colorado, según se insinuó antes, localidad en la que los muros más conservados llegan hasta cerca de metro y medio, se podía notar un suave encurvamiento de la parte superior de aquéllos, hacia adentro, que iniciaban, de esta suerte, con esa graciosa curva, la falsa bóveda o — al menos — un estrechamiento de las distancias entre muros para poder aplicar sobre ellos el armazón de ramaje sostenedor del techo vegetal. Pero en Titiconte y Arcayo se encuentran techos perfectamente conservados y totalmente construídos en piedra, con una técnica sumamente perfecta, en la que la falsa bóveda se conserva completa y puede admirarse en todos sus detalles (lámina VIII, *a* y *b*). Estos hallazgos solucionan — para esta región del noroeste argentino — el problema de cómo se techaba la vivienda autóctona, debiendo agregarse que aquellas falsas bóvedas se hallan recubiertas, en uno y otro yacimiento, por una capa de barro amasado con pequeñas piedrecillas (lámina II, *a*, y IV, *a*), del tipo de la *torta* que aun hoy se utiliza en la confección de la techumbre de la vivienda natural de los primitivos actuales de la región.

Las características arquitectónicas, tan curiosas cuanto importantes, que aparecieron en el yacimiento de Titiconte, me hicieron suponer, de inmediato, que éste no podía ser un caso absolutamente excepcional y único en la región. Años más tarde, en 1937, he tenido la ratificación de esta presunción, hallando en Arcayo, aunque mucho más en pequeño, elementos arquitectónicos que son el *pendant* de los de Titiconte. Esto, lejos de amminorar el valor de los de Titiconte, permite aquilatar debidamente sus sig-

nificativas condiciones y considerarle no como el caso excepcional que se presta a dudas por su falta de ratificación misma, sino como el eslabón de un sistema y de una técnica de la construcción que, si bien es novedosa en nuestro territorio, no se presenta como un fenómeno único y fuera de serie.

ARQUITECTURA DE TIPO AGRICOLA

Si bien, dentro del conjunto de restos existentes, lo más importante, en este orden de ideas, es lo referente a la vivienda primitiva, hay otro tipo de restos que, por su gran extensión territorial y por su importancia en la economía de los autóctonos, no le queda muy a la zaga. Me refiero a lo que denomino arquitectura vinculada a la agricultura, que se manifiesta en dos grandes formas: los “andenes” o *sucres*, y los graneros o silos.

Los primeros se encuentran muy a menudo, ocupando grandes extensiones. Junto a cada grupo importante de habitaciones — o cerca, al menos, a veces quebrada por medio — se presentan estas construcciones. Como es sabido, pues en su técnica no difieren esencialmente de lo que puede observarse en otras regiones del noroeste más frecuentadas y accesibles, los “andenes” — como les denominaron los cronistas de la época de la conquista — son terraplenamientos escalonados en las laderas de las elevaciones del terreno con el objeto de ampliar el área de superficie cultivable y poder aprovecharla mejor, obteniendo cosechas más abundantes. Al reemplazar la superficie oblicua natural del terreno por esta serie de graderías o escalones, se obtiene, asimismo, una posibilidad mayor de aprovechamiento de las aguas, ya provengan de las precipitaciones atmosféricas — riego “a temporal” —, ya de la irrigación artificial. A este respecto puede recordarse la forma cómo los omaguacas practicaban esta última técnica, de acuerdo con los datos que proporciona el gráfico de Héctor Greslebin para un estudio de Debenedetti.¹

(¹) HÉCTOR GRESLEBIN, *Sistema prehispánico de Irrigación*, en SALVADOR DEBENEDETTI, *Las ruinas prehispánicas de El Alfarcito (Departamento de Tilcara, provincia de Jujuy)*, en *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba*, XXIII. 287-318; Buenos Aires. Coni. 1918.

En Iruya y Santa Victoria, estos “andenes” no reciben riego artificial, dentro del área por mí visitada. En Titiconte — cuyos *sucres* se hallan muy cerca del pueblo primitivo propiamente dicho y ocupan una extensión de 18 hectáreas — el riego se hacía simplemente, “a temporal” y lo propio ocurre en las grandes superficies que ellos ocupan en las laderas del camino de Cuesta Azul, en el alto de Taco Pampa y en tantos otros lugares.

En general puede decirse que ni aun en superficies más pequeñas he podido hallar huellas notorias de que el agua fuera distribuída artificialmente, salvo las ya observadas acequías de Titiconte¹ con las cuales, se completaba el riego general, entregado al poder discrecional de las lluvias. Así, en Zapallar, por ejemplo, en donde los escalonamientos de muros de contención de las tierras de la ladera se encuentran enfrente mismo del morrito sobre el cual se encontraba asentado un pequeño “pucará”, el cultivo se efectuaba, como en los otros lugares recordados, por medio de sembradíos que no recibían otra agua que la eventual proveniente de las precipitaciones atmosféricas, procedimiento al que los habitantes actuales del noroeste argentino denominan “siembra a temporal”.

Naturalmente, en todos estos casos la *pirca* se realizaba con una técnica adecuada de selección de la piedra, utilizándose, con preferencia, la pequeña. Los pedruzcos se utilizaban con sus formas naturales, sin retocar ni cantar, que asegura, por aquella selección, su perfecto y recíproco encaje. En lograrlo se basa, desde luego, el secreto de la perdurabilidad de estos murallones, ya que — como en el caso de las viviendas — éstos se levantan sin la utilización de mortero o cemento alguno que robustezca el aparejo. Sin embargo, y pese a la considerable presión lateral ejercitada por la tierra cuyo deslizamiento impiden, estos muros de contención se mantienen, en nuestros días, con la misma impecable factura con que fueron hechos. Los *pirca*dores indígenas o mestizos, actuales, no tienen, ni con mucho, la habilidad manual de los de la época de la conquista, y esto es advertible a simple vista. Una *pirca* moderna es sólo, visualmente, un confuso y abigarrado conjunto de piedras, en tanto que la antigua se

(¹) DEBENEDETTI - CASANOVA. *Titiconte*, 18.

reconoce de inmediato por la falta de soluciones de continuidad entre sus partes líticas componentes.

En algunos lugares — en Higueras o Huaira-Huasi, por ejemplo — he encontrado conjuntos de andenes escalonados cuyos diferentes niveles se comunican entre sí por medio de unas escaleras rudimentarias compuestas por una serie de piedras salientes — de las mismas que componen el aparejo mural — ubicadas en línea oblicua, en forma de que se pueda ir pasando de un nivel a otro pisando, sucesivamente, sobre esta serie de rebordes líticos que ofician de escalones (lámina X, b). Grande fué mi satisfacción al observar, en mi reciente viaje al Perú, en las célebres andenerías de Pisaj, cercanas a Cuzco — y, sin duda, el lugar de más perfecta arquitectura de este tipo de todo lo que se conoce del secular Tahuantinsuyo —, que allí los “sucres” presentaban idénticas escalas. Algo más tarde, hallé otro caso de igual tipo de comunicación entre dos niveles muy cercanos, en Machu-Picchu, la asombrosa “ciudad de las escaleras”, en donde, a pesar de haber tantas, y algunas excelentes, de centenares de escalones, no se ha desdeñado este tipo rudimentario. Tales manifestaciones — que no se encuentran en todos los lugares donde existen “andenes”, en Iruya y Santa Victoria — hacen pensar en la posibilidad de que en Higueras, Huaira-Huasi y aquellos lugares donde luego aparezcan, el trabajo de aquéllas haya sido realizado por virtud de una intervención de constructores más septentrionales.

El otro tipo de construcción vinculada con la agricultura que allí aparece es el silo. Estos son frecuentes. Ya en los propios andenes — como se les halla en Titiconte —, ya en las vecindades de las casas. Son construcciones redondas, con techo en falsa bóveda y puertas bien trazadas, especie de copias reducidas de las casas, aunque no presenten nichos en la cara interna de su pared. Ni en su interior ni en su subsuelo se encuentra cosa alguna, habitualmente, lo que impide suponer su habitación. En algunos casos aislados se hallan, sin embargo, en ellos, objetos en corta cantidad y, desde luego, vinculados con el propósito agrícola que les es propio.

Hay otro tipo de granero, aun más curioso. Es el que ya observamos el autor de estas líneas en Humahuaca¹ y Santiago Gatto en Coctaca²: la troja subterránea o semisubterránea. En mi viaje de 1934 hallé otro granero subterráneo en la cima de un “pucará” situado en las proximidades de Iruya, de cuya existencia di cuenta³. Su presencia en la zona ha sido también anotada por Debenedetti, por Casanova y por mí en Titiconte. Tales hallazgos no eran más que el indicio de la posibilidad de su ulterior hallazgo en toda la zona. En efecto, les he encontrado en casi todos los yacimientos explorados.

En todos los casos — salvo en Arcayo, en donde le hallé inmediatamente fuera de la casa de habitaciones comunicadas — este tipo de granero se halla en el interior de las viviendas, construyéndose en el subsuelo de las mismas. Trátase de pequeños recintos redondos o elípticos, de diámetro cercano a un metro, constituídos por una pirca circular que, a veces, se va enangostándose hacia arriba, y cerrados por grandes lajas que ofician de tapa. Su factura no difiere fundamentalmente de la de algunos de los recintos funerarios de que hablaremos luego. Las excavaciones practicadas no han arrojado luz acerca de los productos agrícolas que en estas trojas se guardaban, pues, como ocurre en los casos análogos de las zonas vecinas a que antes se hizo referencia, estas pequeñas construcciones aparecen totalmente vacías. Su atribución como graneros subterráneos es, por lo tanto, producto de una inferencia arqueológica, aunque sea hoy casi unánimemente aceptada por los especialistas.

ARQUITECTURA SEPULCRAL

Ya en su trabajo sobre Titiconte, anota Casanova la existencia de dos tipos de entierro: “Los adultos fueron depositados en tierra directa-

(¹) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *El “pucará” del pie de la Cuesta de Colanzull*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, II. 268-269; Buenos Aires, 1934.

(²) SANTIAGO GATTO, *Un granero o silo en la quebrada de Coctaca*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, II. 51-56; Buenos Aires, 1934.

(³) MÁRQUEZ MIRANDA, *El “pucará” del pie de la Cuesta de Colanzull*, 263-264.

mente; los párvulos en urnas toscas”². Tal afirmación es, sin embargo, incompleta, pues he tenido la fortuna de hallar, en mi viaje de 1933, en la cercanía de uno de los ángulos interiores de una de las casas cuadradas, que excavé en ese yacimiento, un recinto sepulcral en el subsuelo. La casa en cuestión medía 5,65 metros de diámetro mayor por 4,60 metros de diámetro menor. Su única puerta de comunicación con el exterior medía 0,40 centímetros de ancho. El instrumental obtenido fué brevísimo: un hermoso *topo* de hueso, hallado a 68 centímetros de la superficie, y una pala plana grande, a un nivel ligeramente superior. Esto no ha de extrañarnos sabiendo el parvo material arqueológico que ha sido extraído de este yacimiento. Por último, a 66 centímetros de la superficie, apareció una gran laja de piedra, de forma rectangular, que servía de tapa al recinto funerario. Medía 89 centímetros de largo por 61 de ancho y 5 de espesor. Retirada esta tapa, quedó en descubierto la entrada o boca del recinto funerario. Medía 89 centímetros de largo por 61 de ancho y 5 de espesor. Sus dimensiones eran: 60 x 50 centímetros. En su interior esta cámara sepulcral era, sin embargo, más amplia y aún más rigurosamente cuadrada, pues medía 70 x 72 centímetros, siendo su profundidad también de 70 centímetros.

La construcción era sumamente simple, aunque realizada con evidente cuidado y perfección. Sus cuatro paredes estaban constituidas por otras tantas lajas grandes. La reducción del tamaño de la boca, en comparación con la amplitud o diámetro del recinto, estaba lograda por medio de una serie de lajas menores, estrechas y largas, colocadas sobre las cuatro paredes, a manera de tirantes líticos, que soportaran la gran tapa, la cual excedía ampliamente el tamaño de esa boca, según queda visto, a fin de asegurar su cierre perfecto. Como en casos semejantes, la cámara sepulcral en cuestión no había sido utilizada para el entierro de un solo individuo adulto. En ella se hallaron los restos de dos, aunque tan deshechos ya por la humedad del subsuelo y el tiempo transcurrido, que se fracturaban y pulverizaban al menor contacto.

Esta construcción funeraria estaba vacía en su casi totalidad. Sólo en el fondo, los huesos reposaban sobre una tierra fina, que contrastaba

(²) DEBENEDETTI - CASANOVA, *Titiconta*, 35.

con el fondo duro y como apisonado de la tumba. Junto con los huesos se hallaba algún ajuar funerario, tan pobre como corresponde a un yacimiento de tan parva arqueología: seis *guayquitas* de hueso y piedras de color, redondas y de tamaño desigual, un trocito de tejido, una cestita de mimbre y unos trocitos, inclasificables, de madera. El tejido era un pedacito pequeñísimo, de un color verde intenso — la punta de un dobléz. según revelaba su técnica — y medía tan sólo 0,025 x 0,010 metros. La



Fig. 1

Rodeo Colorado: Tres niveles sucesivos de construcción. En la parte superior el muro de la vivienda, compuesto principalmente por bloques canteados; en la parte media, los cimientos del mismo muro realizados con bloques mayores y groseros; en la parte inferior una cámara sepulcral practicada con piedras más pequeñas y tapada por una fila de lajas finas.

cestita de mimbre, excesivamente penetrada por la humedad, era ovoidal, de manufacturación en espiral y de casi 0,140 metros de largo por 0,075 de ancho, no pasando su fondo de 0,055 metros, revelando, por su ubicación en el entierro, haber sido colocada en último término, sobre todo lo demás.

Si he señalado con algún detenimiento este hallazgo — en contraposición con el sistema de visión general de los problemas arquitectónicos adoptado para esta comunicación — es para afirmar que a las dos formas de enterramiento, señaladas por Casanova, debe agregarse, todavía, la de construcción de sepulturas en piedra. En efecto, el hallazgo hecho por mí en Titiconte corresponde a una serie de cámaras funerarias similares que he podido estudiar en detalle en cada uno de los “antigales” que he visitado el Iruya y Santa Victoria, y de cuyas características generales daré cuenta de inmediato.

Estas sepulturas se encuentran en el subsuelo de las habitaciones y, generalmente, a menos de un metro de la superficie (figura 1). Sus formas son variadas. Ya son cuadradas, como la de Titiconte, ya redondas, sin que falten las formas del polígono de cinco lados y aun las del exágono, más o menos irregulares. Las redondas son hechas, general-

mente, con piedras pequeñas y con una técnica de *pirca* común. Las cuadradas, romboidales y poligonales se practican utilizando las grandes lajas que ofician de paredes. En el caso de que estas lajas no tengan las formas suficientemente regulares que la construcción exige, se las utiliza en combinación con piedras pequeñas, bien seleccionadas, a las que se emplea para procurar el relleno de los espacios libres dejados por la irregularidad de las lajas grandes. Así mismo, la profundidad de estos sepulcros líticos casi nunca excede de un metro, y aunque se entierra en ellos, con frecuencia, a más de un fallecido, queda un buen espacio libre entre los restos, el ajuar funerario y la tierra finísima con que se los cubre, y las grandes lajas que les sirven de tapa.

Pese a las medidas tomadas para lograr una unión perfecta entre las piedras, estas construcciones son muy húmedas. Sus paredes interiores rezuman humedad y presentan grandes manchas blancuzcas, debidas a la misma causa. Asimismo, la parte interna central de la gran laja que sirve de tapa — es decir, aquella parte de la misma que no se apoya directamente sobre otras piedras o sobre la tierra — está tan mojada que se puede seguir perfectamente sobre ella el contorno de esta parte. Esta humedad, resultado, probablemente, de filtraciones reiteradas de las precipitaciones atmosféricas es, naturalmente, uno de los grandes enemigos del arqueólogo, ya que atenta contra la conservación de buena parte de los materiales arqueológicos depositados en calidad de ajuar funerario.

En casi todos los “antigales” de la zona, estas sepulturas se practican más bien cerca de los muros, pero en algunos yacimientos se les encuentran tan cerca a la pared interna de los mismos que sus arquitectos han utilizado el cimiento de aquéllos para formar parte del contorno del recinto sepulcral. Tal ocurre en Rodeo Colorado, por ejemplo. En otros casos, en el mismo yacimiento, la cámara sepulcral se encuentra en un nivel inferior al cimiento del muro, pero a continuación de aquel en línea vertical (figuras 1 y 2, *a* y *b*).

Un detalle interesante en algunos lugares — como ocurre en el mismo Rodeo Colorado — es la utilización intensiva de un barro amasado, de color amarillento o rojizo, para asegurar las tapas de las sepulturas, recubriéndolas con una capa de este material, que a veces alcanza a más de veinte centímetros. Otro tanto suele ocurrir allí con otras gruesas lajas,

que no se utilizan como tapa de cámaras sepulcrales sino como cubierta de las urnas funerarias. Y aún los grandes “vasos tubulares” — que he hallado en la región, y cuyas características no eran conocidas antes de mis estudios — suelen ser calzados y mantenidos en el subsuelo por medio de piedras aseguradas por medio de barro amasado (figura 2, b).



a



b

Fig. 2

a) Rodeo Colorado: Muro de una de las viviendas elípticas. Bajo él comienza la *pírca* de una cámara funeraria circular. A un nivel inferior, aún, uno de los “vasos tubulares” que el Dr. Márquez Miranda ha hallado y que son típicos de esta región.
b) Detalle de la construcción del muro del recinto funerario anterior, en el que puede verse el empleo de grandes bloques en la base, de piedras más pequeñas terminadas con lajas finas arriba, y — en primer plano — el delgado borde del gran “vaso tubular”.

Por último, señalaremos, como otra característica no menos curiosa de estas construcciones funerarias, que en las sepulturas *pircadas*, en la camada superior de dichas piedras o en alguna de las más próximas, entre las subsiguientes, es frecuente encontrar, formando parte de la pared misma del recinto, algunos objetos líticos. El hallazgo más frecuente es de palas grandes, enteras o fragmentadas. En otros casos, se ha llegado a encontrar manos de mortero, rompecabezas redondos, etc. En algunos de estos casos, ocurridos en Rodeo Colorado, varias de las palas planas halladas eran de una forma especial, que no correspondía exactamente a los

tipos más simples de tales implementos de uso agrícola, sino que afectaban una elegancia de líneas y aun presentaban una especie de alas laterales — constituidas por la prolongación de sus puntas laterales de la región cercana al empuñe — que les daban una apariencia lujosa y ceremonial.

El conjunto de estos hallazgos plantea una serie de interrogantes, vinculados con las creencias conexas con su culto de los muertos, que no podemos responder. ¿Terminaban estas pircas colocando en ellas las palas utilizadas para erigirlas y que no debían volver a usarse en faenas domésticas, de orden común, después de empleárselas en trabajos de este carácter? ¿Eran estos instrumentos componentes de los utensilios de uso diario que se dejaban al muerto en calidad de ajuar funerario? ¿Se ponía estas palas en el remate del aparejo de la pirca funeraria para que el fallecido pudiera evadirse de su entierro en el momento que fuera llamado a una vida ulterior? Tales preguntas sólo pueden ser formuladas como otras tantas posibilidades hipotéticas, sin que podamos preferir una sobre las otras en el estado actual de nuestros conocimientos sobre el particular.

En cuanto a los hoyos que se practicaban directamente en la tierra para depositar en ella a los muertos, eran circulares y se les efectuaba, como a las cámaras sepulcrales, en el subsuelo de las habitaciones. Se les tapaba con una o varias lajas grandes. En el caso de tapas hechas con una sola laja, ésta afectaba formas variadas: ya redonda, ya cuadrangular. Estos hoyos son reconocibles fácilmente al verificarse las excavaciones, porque la tierra con que se les rellenaba, después de depositados los restos, se mantiene floja y se distingue enseguida de la tierra firme y no removida que forma el resto del subsuelo.

Los entierros de párvulos en urnas, que constituyen el tercer tipo de las formas conocidas, se practicaban cubriendo, igualmente, la vasija con tapas, que unas veces alcanzaban las grandes dimensiones de las utilizadas para las cámaras funerarias, en tanto que en otras sólo alcanzaban a cubrir exactamente la boca de la urna o del cántaro u olla que oficiaba a tales fines.

Los tres tipos de inhumación coexisten en los “antigales” de la región y aun se les encuentra, con frecuencia, representados en el subsuelo de una misma casa.

DECORACION VINCULADA A LA ARQUITECTURA

Un elemento sumamente curioso de decoración que se halla en Titiconte, hecho en forma que le vincula directamente con la arquitectura — y que es raro haya resbalado, con una fugaz mención, en el recuerdo del doctor Casanova, primer investigador, con su maestro el doctor Debenedetti, del lugar — son las llamitas realizadas, con singular verismo, por los habitantes primitivos, en algunos de los muros de contención de los “andenes”⁽¹⁾. El procedimiento empleado ha consistido en la intercalación, en el aparejo de la *pirca*, de elementos líticos de otro color que permitan delinear, por su fuerte contraste cromático, la silueta de la *auchenia*. Esto se ha logrado por medio de piedrecillas blancas o blancas veteadas de marrón, sobre el fondo pardo-azulado de las demás rocas.

Aquellas piedras blancas, veteadas de marrón, pertenecen a un filón de cuarzo lechoso, con algunas facetas de cuarzo cristalino. He entregado una muestra al doctor Walter Schiller, jefe de los departamentos de mineralogía y petrografía y de geología y geografía física del Museo de La Plata, quien ha tenido la amabilidad de examinarla, encontrando en ella cubos visibles de pirita de hierro, descompuestos en limonita. Esta, que es producto de la transformación de la pirita o sulfuro de hierro, por oxidación, forma las manchas marrones y amarillentas que el indígena primitivo ha utilizado tan acertadamente. Además, aquellas piedras presentan, en partes, algo de calcopirita, en parte descompuesta en malaquita — cuyos reflejos verdes son a veces acusables a simple vista, — y limonita. Los fragmentos de la “caja”, según me informa el Dr. Schiller, presentan filita sericítica incluida en el cuarzo. Aquella unión de la masa principal de cuarzo lechoso, en combinación con las manchas ferruginosas de la limonita, han dado motivo al ingenioso artista para efectuar una reproducción estilizada del animal más importante de la fauna local.

Llamo muy especialmente la atención sobre este procedimiento decorativo, que no es sólo entre nuestros indígenas. En efecto, no se trata, según se ve, de una pictografía ni un petroglifo, propiamente dichos, pues no es pintura ni grabado sobre roca. Por el contrario, es una especie de

(1) DEBENEDETTI - CASANOVA, *Titiconte*, 20.

“mosaico”, en el cual el artista, por medio de piedrecillas de colores adecuados para evocar el pelaje del camélido que deseaba representar, y mediante el empleo de material de tamaño variable, rigurosamente seleccionado y artísticamente insertado en el muro al tiempo de su construcción, ha sabido realizar una obra artística perdurable. Las auquénias así representadas son varias y su ubicación queda, en algunos casos, bastante distante entre sí, aunque siempre en muros visibles desde cierta distancia. Entre ellas se destaca una, de tamaño bastante más considerable que el común — y de un estado de conservación mucho más perfecto, pues los muros en que aparecen las otras amenazan ruina —, por ser la única que aparece completa, en tanto que las otras han perdido trozos importantes de su cuerpo, al derribarse el aparejo de los muros de que formaban parte.

El animalito aparece como marchando hacia el noroeste — vale decir, como si mirase hacia Valle Delgado —, y su flanco visible da al noreste. La cabeza, hecha con una sola piedra, es una muestra acabada del ingenio, del poder de observación y de la rigurosa selección del material lítico empleado. En efecto, ésta tiene una depresión y un relieve que parece una oreja, y se estrecha luego en forma de hocico (lámina IV, b). La piedra en cuestión mide 41 centímetros de largo máximo por 20 de alto. El cuello, formado por una piedra chica y dos grandes, tiene 30 centímetros de largo. El cuerpo, 83 de largo por 19 de ancho, y está constituido por cuatro piedras. De las patas, por una estilización usual entre los primitivos, sólo se ve una pata delantera y otra trasera. La primera, desde la inserción en el cuerpo hasta el casco, mide 46 centímetros y está hecha con cuatro piedras. La segunda, lograda con seis, mide 52. Ambas tienen un ancho de 10 centímetros. Por último, una postrera piedra, algo separada del cuerpo, como para sugerir el rabo, mide 20 centímetros de largo por 7 de alto. Son, pues, en total, veinte piedras.

Con tan pocos elementos, sabiamente escogidos, se ha realizado esta figura, cuyas dimensiones totales, en ancho, son 1,03 metros, de la parte más saliente del pecho al extremo del rabo. Es curioso que su altura total, desde el extremo superior de la cabeza al final de la pata delantera, sea exactamente la misma. Parece difícil creer que se trate de una mera coincidencia.

“PUCARAS” Y “PUEBLOS VIEJOS”

Es válida, también para esta región, la clasificación que formuló Casanova, en punto a centros poblados, con respecto a la Quebrada de Humahuaca¹. Los grupos de población, que casi nunca son tan grandes como los omaguacas, pueden dividirse, según sus características generales derivadas de su finalidad primordial, en “pucarás” y “pueblos viejos”.

Los primeros — de los cuales casi no se conservan vestigios de defensa, pues sus murallas externas han desaparecido, en muchos casos, en su casi totalidad — se erigen en los lugares estratégicos, vale decir, en las cabeceras de las quebradas, en la intersección de varias de ellas, o en algún punto de sus laderas que interese especialmente custodiar (habitualmente, en tal caso, para la defensa de sus extensos campos de cultivo).

Es así como se manifiestan como “pucarás” típicos el de Zapallar, levantado en un enhiesto morrito que se yergue en la intersección de las quebradas de Zapallar y de San Pedro; el de Molino Viejo, sobre el paso del río y quebrada de Vizcarra; el de Higuera, en el punto de unión de las quebradas de Iruya y San Pedro; el de Arcayo, que controla parte del curso del río Iruya; el del pie de la cuesta de Colanzulí, que he descrito someramente en las *Notas preliminares* del Museo de La Plata².

Los segundos, son agrupamientos de viviendas de pueblos agrícolas, carentes de obras de defensa, y dirigidas esencialmente al laboreo del suelo. Entre estos “pueblos viejos” señalaremos uno en Cuesta Azul, dos en el extenso lugar que se denomina Rodeo Colorado, otro en Chaupi Loma, etc.

Un problema esencial para las fundaciones de uno y otro tipo es el relativo a la provisión de agua. Por eso, casi todos se verifican cerca de los ríos o torrentes, generalmente producto final de los deshielos y de la concentración de aguas pluviales por obra del relieve orográfico. Por el lecho de cada quebrada corre un río, lánguido y poco caudaloso en invierno, torrencial y súbitamente crecido en verano. Pero, además de esta provisión

(¹) EDUARDO CASANOVA, *La Quebrada de Humahuaca*, en *Historia de la Nación Argentina*, I, 223; Buenos Aires, 1936.

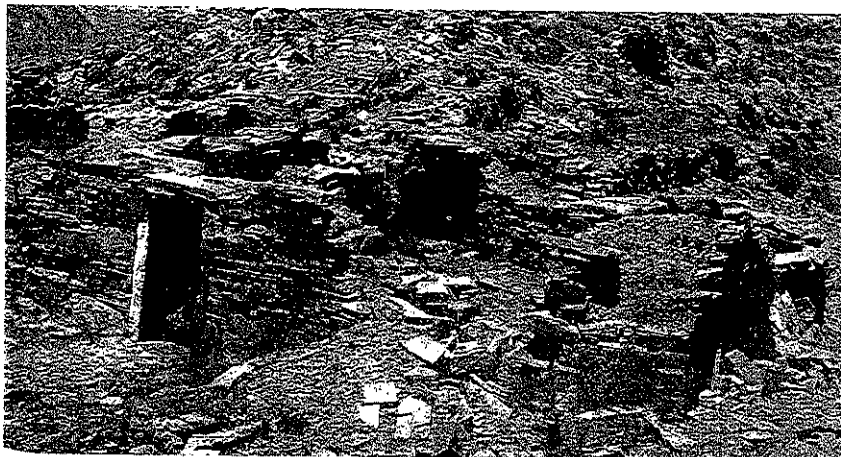
(²) MÁRQUEZ MIRANDA, *El “pucará” del pie de la Cuesta de Colanzulí*, citado.

de agua, dichas poblaciones cuentan, en ocasiones, con el aporte, más regular, de algunos "ojos de agua", que proveen un líquido que compensa su escaso volumen con una limpidez que, generalmente, los ríos no poseen. Tal ocurre, por ejemplo, en Titiconte, donde, gracias a este recurso —según dejan ver algunos vestigios de acequias existentes— pudo regarse una breve parte de los "andenes" de cultivo. Sin duda su cauce, mayor en aquellos tiempos que en la actualidad, alcanzó a satisfacer las necesidades de su población, sin necesidad de acarrear agua, para el consumo doméstico, desde el río Iruya, que queda lejos, y del que separa un abrupto desnivel de fuerte gradiente. Lo propio aconteció, asimismo, en Rodeo Colorado, en donde se halla una surgiente natural que no sólo fué utilizada por los pobladores primitivos, que no cuentan allí con río próximo — siendo, por tal causa, de interés vital su conservación —, sino que se la protegió por medio de una *pirca* adecuada que impedía el desmoronamiento de tierras que hubiesen cegado este "ojo de agua" perenne. Es curioso observar que el hombre actual no ha hecho en este caso, como en tantos otros, más que aprovechar el esfuerzo del aborígen, modificando apenas su labor primitiva. En efecto, en este yacimiento los pobladores modernos han reforzado la *pirca* y creado un pequeño embalse para utilizarlo como estanque o abrevadero de sus bestias. La misma necesidad substancial ha encontrado idéntica solución en la naturaleza.

Es muy posible que — como lo tengo observado para otras regiones del noroeste argentino¹ — el paulatino desecamiento del suelo haya traído como consecuencia el abandono de numerosos campos con "andenes" de cultivos, y aun de algunas poblaciones. La conquista española ha hecho el resto, con el exterminio de las belicosas e insurgentes tribus de estas regiones de nuestro país. Los aborígenes de Iruya y Santa Victoria han debido correr igual suerte, y los pobladores actuales de esta zona no son, por tanto, descendientes directos de quienes han dejado en la arquitectura autóctona vestigios tan brillantes².

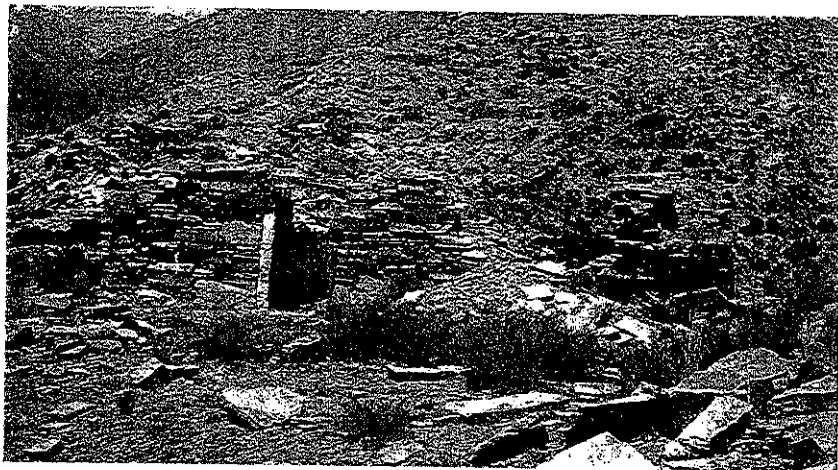
(¹) MÁRQUEZ MIRANDA, *La antigua provincia de los diaguitas*, 279.

(²) Comunicación presentada en la sesión de la *Semana de Antropología* realizada el día 3 de diciembre de 1937. Cartografía de M. T. Grondona. Fotografías del autor.



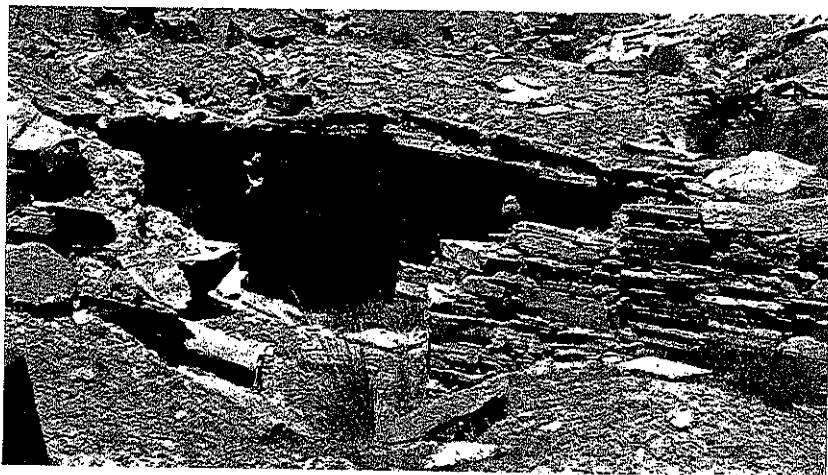
a

Conjunto de habitaciones comunicadas, en el yacimiento de Titiconte.



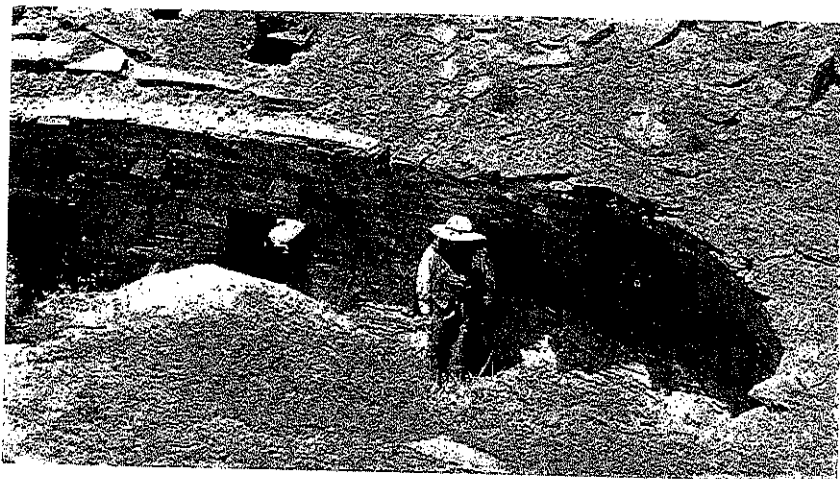
b

Titiconte: Detalle de una puerta rectangular y muro adyacente.



a

Titiconte: Habitación elíptica con puerta de comunicación a otra interior.



b

Titiconte: Tarea de limpieza de una gran habitación elíptica, con puerta de comunicación interior y nichos en el muro.



a

Titiconte: Muros con aberturas de acceso, restos de antiguas edificaciones.



b

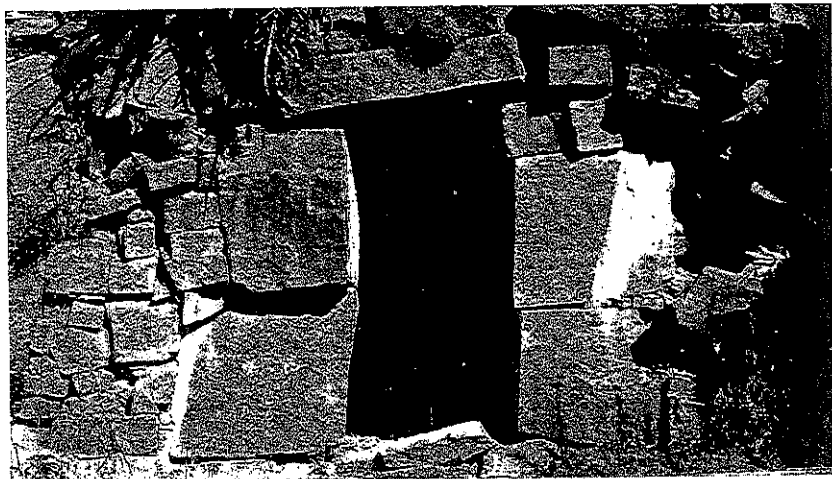
Puerta de una construcción elíptica en Titiconte, en cuyo muro se observa el uso de lajas y piedras canteadas.



a
Construcciones elípticas en Titiconte, con muros que ostentan nichos y tienden a formar falsa bóveda.



b
Llamita, construída con piedras blancas veteadas de marrón, en el aparejo de uno de los muros de Titiconte.



a
Detalle de una puerta en Zapallar, en la banda Este del río San Pedro.



b
Detalle de otra puerta, construida en el mismo sitio del yacimiento de Zapallar.



a

Puerta de entrada a la vivienda con habitaciones comunicadas de Arcayo, formada, en parte, por un gran bloque de piedra vertical.



b

Detalle de la puerta de comunicación entre las dos habitaciones de la vivienda de Arcayo, encuadrada por fuertes lajas de piedra que forman el umbral, el dintel y el vano.



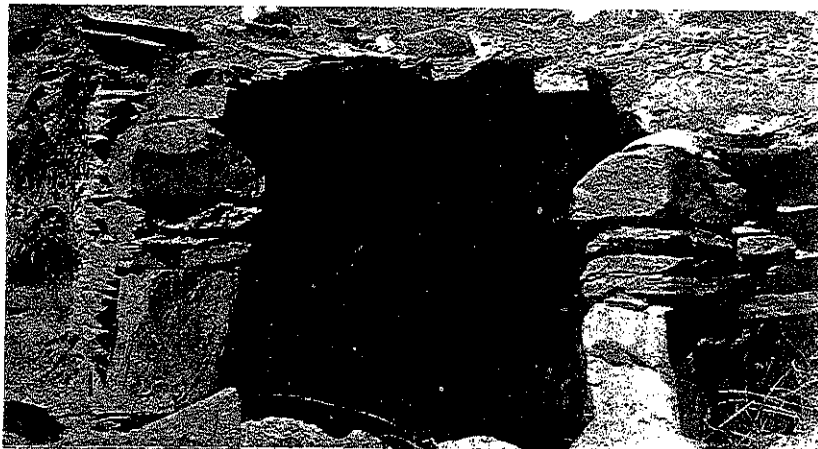
a

Detalle de los dos nichos — uno semicerrado y otro abierto — de la vivienda de Arcayo, encuadrados con sólidas piedras y dotado el primero de una especie de postigos líticos fijos.



b

Detalle del muro de la vivienda de Arcayo, junto al nicho semicerrado, en donde el arquitecto aborigen ha aprovechado un gran bloque natural de piedra para formar la pared de la habitación, al propio tiempo que refuerza la solidez del muro.



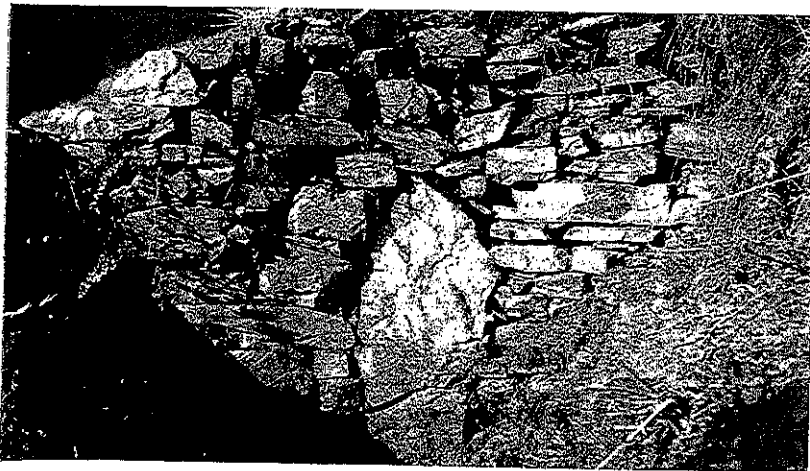
ⓐ

Detalle de construcción elíptica en Arcayo, en donde se nota el empleo conjunto de bloques canteados y lajas de piedra y la realización de la falsa bóveda con hiladas superpuestas.



ⓑ

Puerta en Arcayo, en donde puede advertirse el empleo de grandes piedras para formar uno de los costados y el dintel, así como pequeños guijarros de relleno del muro.



a

Detalle de un muro en Huaira-Huasi, en donde se nota el empleo simultáneo de grandes bloques de piedra y otros pequeños, perfectamente ensamblados.



b

Detalle del muro de otra vivienda en Huaira-Huasi, en donde puede advertirse idéntico procedimiento arquitectónico, que es común a otros yacimientos.



a

Detalle de un muro y puerta, en Huaira-Huasi, formados por piedras canteadas.



b

"Anden" en Higuera, en donde puede apreciarse las salientes líticas de su aparejo, formando escalera para pasar de un nivel al otro.